

Narcocracia

El Grande revela cómo los cárteles
conquistaron México

ANABEL HERNÁNDEZ

Grijalbo

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Narcocracia

El Grande revela cómo los cárteles conquistaron México

Primera edición: agosto, 2026

D. R. © 2026, Anabel Hernández

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

© Benjamín Flores / Archivo Proceso, por fotografía de portada de Sergio Villareal Barragán, *el Grande*

© Eyepix / NurPhoto / AFP, por fotografía de portada de Omar García Harfuch

© Daniel Cárdenas / Anadolu vía AFP, por fotografía de portada de Andrés Manuel López Obrador

© Alfredo Estrella / AFP, por fotografía de portada de Claudia Sheinbaum

Fotografía oficial del expresidente Carlos Salinas de Gortari, Gobierno de México

Fotografía oficial del expresidente Ernesto Zedillo Ponce de León, Gobierno de México

Fotografía oficial del expresidente Vicente Fox Quezada, Gobierno de México

Fotografía oficial del expresidente Felipe Calderón Fournier, Gobierno de México

Fotografía oficial del expresidente Enrique Peña Nieto, Gobierno de México

Fotografía de Amado Carrillo Fuentes, *el Señor de los Cielos*, Procuraduría General de Justicia (PGJ)

Fotografía de Fausto Isidro Meza Flores, *el Chapo Isidro*, Oficina Federal de Investigación de Estados Unidos (FBI)

Fotografía de Abigail González Valencia, *el Cuini*, Agencia de Investigación Criminal

Fotografía de Nemesio Oseguera Cervantes, *el Mencho*, Departamento de Justicia de Estados Unidos

Fotografía de Arturo Beltrán Leyva, Especial

Fotografía de Joaquín Archivaldo Guzmán Loera, *el Chapo*, Especial

Fotografía de Ismael Zambada García, *el Mayo*, Especial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia.

Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro

(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.org.mx>).

ISBN: 978-607-386-719-1

Impreso en México – Printed in Mexico

Los narcogenerales de la Sedena

Llegó el mes de diciembre de 2006. [Felipe] Calderón tomó protesta como presidente de México y nombró a su gabinete, incluyendo a los amigos de Arturo Beltrán y del Cártel de Sinaloa. Así llegamos a la cúspide de nuestro poder.

A Genaro García Luna lo pusieron al frente de la Secretaría de Seguridad Pública federal, teniendo bajo su mando a la Policía Federal con recursos ilimitados. Todos los viejos mandos de la AFI se fueron a esa nueva policía. Los equipos de intervención telefónica y todos los recursos que tenía la agencia federal pasaron a la PF al mando de García Luna, con quien se mantuvo el arreglo anterior, pero ahora renegociado, pues tenía el control de todo el país: puertos, aeropuertos, carreteras, inteligencia y grupos de reacción. Además, seguía teniendo el control de la AFI.

Las aduanas que le interesaban al cártel eran arregladas por medio de un compañero y amigo de García Luna: Ardelio Vargas Fosado, quien también era un viejo aliado nuestro. Él había sido directivo en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional [Cisen] y con Calderón fue nombrado director del Centro Nacional de Planeación, Análisis e Información para el Combate a la Delincuencia [Cenapi] en la PGR.

Él tenía el control de las aduanas por medio del director de Aduanas de la Secretaría de Hacienda. Teníamos arreglados el puerto de Manzanillo, en Colima; Puerto Progreso, en Yucatán; así como el de Mazatlán, en Sinaloa; los aeropuertos de la Ciudad de

México y Toluca, así como los de Cancún, Quintana Roo, y Tapachula, Chiapas.

Habían modificado las leyes de navegación aérea. Por ley, todos los aviones particulares que entraban a México procedentes de Sudamérica tenían que bajar en Cancún o Tapachula. Sin duda fue una buena estrategia de Genaro para tener un mayor control sobre la cocaína que entraba a México.

Sus mensualidades se incrementaron hasta llegar a 5 millones de dólares, que se pagaban entre todos los miembros de la Federación durante los primeros cinco días de cada mes. El pago lo hacía Arturo Beltrán, sin importar si llegaba o no a tiempo el dinero que le correspondía aportar a cada capo. Para él, su expansión y el gran poder acumulado procedían de ese arreglo económico.

Paralelamente a eso también se le daba dinero a cada jefe regional de la AFI y la Policía Federal, ya fuera en carreteras o aeropuertos, por permitir el libre trasiego de drogas de la organización en México. No era que los pagos se duplicaran, sino que así funciona la corrupción en México, pues los jefes policiacos no comparten el dinero con los rangos inferiores.

Todavía estaba García Luna en la AFI cuando le dijo a Arturo que lo estaban postulando para secretario de Seguridad Pública con el nuevo presidente y que por eso iba a guardar un poco de distancia con él para que no se le calentara su pedo y no lo fueran a tumbar antes de que lo pusieran.

Así que cuando recibió el nombramiento ya sabíamos desde antes que iba a ocurrir. Lo que sí nos sorprendió fue que [Guillermo] Galván Galván fuera nombrado secretario de la Defensa Nacional. Cuando entra él se nos abren todas las puertas del Ejército.

Galván había sido amigo de Arturo cuando era jefe de la zona militar de Querétaro, y mi compadre vivía ahí. Entonces yo todavía no estaba con Arturo. En ese tiempo entretejieron una amistad basada en la corrupción. Arturo le había perdido la huella durante mucho tiempo y que fuera nombrado secretario de la Defensa fue una noticia muy bien recibida.

¡Su relación era excelente!, igual de buena o incluso mejor que la que mantenía con García Luna. Este general solía acudir perso-

nalmente a recoger sus pagos y convivía con Arturo Beltrán. Era su amigo incondicional.



El general de división egresado del arma de artillería Guillermo Galván Galván, nacido el 19 de enero de 1943, tenía 63 años cuando fue designado secretario de la Defensa Nacional, uno de los cargos más importantes en México y en cualquier gobierno del mundo.

Hasta ese momento las Fuerzas Armadas eran la institución en la que más confiaba la ciudadanía. Su rol se centraba en la defensa de la soberanía nacional, la disuasión de amenazas externas y el auxilio a la población civil en casos de desastres naturales a través del Plan DN-III. Su papel respecto al crimen organizado se limitaba a discretas tareas de inteligencia por medio del Estado Mayor y a la erradicación de plantíos de droga.

Galván Galván había sido subsecretario de la Sedena de 2004 a 2006, cuando el titular era el general Ricardo Clemente Vega. Fue comandante del Primer Cuerpo de Ejército, así como de varias zonas militares. Entre ellas, en 1997 estuvo al frente de la 17ª Zona Militar en Querétaro, tal como lo dijo el Grande. En esa época Arturo Beltrán Leyva estaba ahí, antes de mudarse a Monterrey, Nuevo León.

También fungió como agregado militar en la embajada de México en España, director y rector de la Universidad del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos en el Distrito Federal.

Tenía en su haber diversas condecoraciones como Perseverancia Institucional, Perseverancia Extraordinaria, Perseverancia Especial, Mérito Docente y Legión de Honor, entre otras, y un oscuro secreto que hasta ahora es revelado: su amistad y complicidad con Arturo Beltrán Leyva.

Mientras que Ardelio Vargas Fosado trabajó en el Cisen de 1995 a 2005. Ahí conoció a García Luna y a su equipo de narcopolicias. Al inicio del mandato de Calderón fue jefe de toda la Policía Federal y en 2007 fue nombrado titular del Centro Nacional de

Planeación, Análisis e Información para el Combate a la Delincuencia (Cenapi), el principal órgano de inteligencia de la PGR.

Su hijo, Ardelio Vargas Carrillo, desde 2004 era jefe de departamento en la Administración General de Aduanas, con tareas de supervisión. En 2006 fue adscrito a la aduana de Tampico, Tamaulipas; luego a Reynosa y más tarde fue nombrado subadministrador de Recintos Fiscales.

* * *

Antes de que iniciara el gobierno de Calderón dejé de trabajar en *El Universal*. La publicación de *La Revista* fue prácticamente desmantelada en medio de una investigación interna por indebidas prácticas de consumo de drogas dentro de las oficinas por parte de algunos de sus integrantes, así como por casos de acoso sexual a jóvenes estudiantes que acudían a realizar sus prácticas profesionales en la redacción.

Gracias a mis investigaciones había logrado una buena retribución económica que significaba para mi hija y para mí la posibilidad real de comenzar a construir un pequeño patrimonio. Acababa de comprar a crédito una pequeña vivienda, de lo cual me sentía muy orgullosa.

Cuando llegó el momento de decidir a qué área quedaría adscrita dentro del periódico, me llamó el director, que entonces era Roberto Rock. Yo sabía que existía una política de reducción salarial para quienes veníamos de *La Revista*.

Me reprochó diciendo que casi ganaba lo mismo que él. No era así, pero le respondí: “En realidad debería ganar más que usted porque trabajo más. ¿Lee el periódico? ¿Ha visto cuántas investigaciones mías han estado en la portada?”.

Mi respuesta no le gustó, pero ciertamente nunca he tenido fama de ser muy simpática en las redacciones donde he trabajado. No puedo serlo en el sentido sumiso que muchos esperaban.

Me dijo que podía conservar ese sueldo, pero que no debía seguir escribiendo sobre el presidente Vicente Fox y su familia.

Le respondí que si revisaba mis reportajes vería que escribía e investigaba sobre muchos temas, incluyendo Fox y su familia, y que

mientras ellos realizaran acciones que ameritaran una investigación periodística yo continuaría haciéndolo.

Así terminó mi relación con el periódico. Fue una decisión difícil renunciar a los ingresos obtenidos con un arduo trabajo. Pensé en la dificultad de pagar la hipoteca, pero no iba a aceptar la censura a ningún precio.

Así inicié una nueva etapa en mi carrera periodística en el medio digital *Reporte Índigo*, dirigido por Ramón Alberto Garza, quien años antes me había invitado a colaborar en *El Universal*.

En cuanto inició el gobierno de Calderón comencé a descubrir el pasado de irregularidades de García Luna, Cárdenas Palomino y su equipo corrupto. Así pude saber que estaban en la nómina de la Federación de narcotraficantes. Mi investigación sobre ese grupo policiaco y sus vínculos con el crimen organizado se prolongó durante los siguientes cuatro años y terminó en una vertiginosa y peligrosa carrera contrarreloj para revelar, casi en tiempo real, sus corruptelas. Esas investigaciones derivaron en mi libro *Los señores del narco*, publicado en 2010.

Yo no lo sabía. Lo supe hasta mi encuentro con el Grande y una entrevista que hice a Margarito Flores, uno de los socios del Cártel de Sinaloa en Chicago: Arturo Beltrán Leyva comenzó a ser un asiduo miembro de la audiencia de mis reportajes en *Reporte Índigo*. Por primera vez ya no sólo eran escritos, sino que comencé a hacer un resumen videograbado con mi propia voz o la de algún colega de *Reporte Índigo*.



Galván no trabajaba para el Cártel de Sinaloa, trabajaba pa' Arturo, porque eran amigos. Mi compadre me contó que habían tenido una relación muy estrecha cuando estuvo en Querétaro, cuando Arturo era un desmadre, consumía alcohol y drogas. Parrandeaba con el comandante de la Federal de Caminos y con Galván.

Al final se había ido de Querétaro porque Arturo ya tenía muy caliente la plaza. Además del disparo a su esposa en la panza, cuando andaba tomando se salía a patrullar las calles con su gente en

caravanas, hacía balaceras y disparaba al aire. A Galván lo cambiaron de base y perdieron contacto.

Se reconectaron al inicio del gobierno de Calderón por medio de su hermano Héctor, *el H*. Él conocía a muchos militares. No sé a través de quién contactó a Galván y lo reencontró con Arturo. Se hicieron inseparables.

En los primeros días de su mandato como presidente de México y como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, Calderón declaró la guerra al narcotráfico y anunció que comenzaría en Michoacán, de donde era originario. Era un territorio controlado por la Familia Michoacana y los Zetas, nuestros viejos enemigos. Todo iba a la perfección para el Cártel de Sinaloa.



Con su anuncio de la guerra contra el narcotráfico y con la excusa de recuperar la seguridad en las calles y frenar la expansión de los grupos delictivos, Calderón decidió sacar al Ejército de sus cuarteles e involucrarlo directamente en tareas de patrullaje y retenes en ciudades, poblados y carreteras; operativos para ejecutar órdenes de arresto; decomisos de droga y armas, y mayores actividades de inteligencia.

Esa decisión fue como si Arturo Beltrán Leyva y la Federación se hubieran sacado la lotería. Ya no sólo tendrían a García Luna y a su gente protegiéndolos en sus actividades delictivas y combatiendo a sus enemigos, sino que ahora también contarían con el Ejército mexicano, miles de soldados y armamento a su disposición gracias a la relación que existía entre Arturo y Guillermo Galván Galván.

—¿Usted vio reuniones entre Galván y Arturo? —pregunté al Grande, sorprendida cuando lo escuché. Confieso que yo no conocía la complicidad del titular de la Sedena hasta ese momento. Sin duda, junto con el financiamiento a AMLO, era uno de los secretos mejor guardados de aquella negra época.

—En casas de seguridad en la Ciudad de México, en el Pedregal, también en Cocoyoc, Morelos. Era una relación de amigos. Se respetaban, se querían. En aquel entonces nosotros aún traíamos la guerra contra los Zetas y eso le gustaba a Galván. Yo no sé por

qué los odiaba tanto, a lo mejor por desertores. Entonces nosotros éramos sus mejores aliados para acabar con ellos. Puede ser que ése haya sido uno de los motivos para estrechar la relación.



Arturo no confiaba en los militares por lo que vivió de niño y de joven, pero sí confiaba en Galván. Sus reuniones no sólo eran de trabajo, eran de amigos. Platicaban de mujeres, de caballos y de otras cosas, así era esa relación.

Arturo le pagaba una mensualidad, lo mismo que a García Luna: 5 millones de dólares, y pues el Ejército hacía lo que él quería.

Por ejemplo, yo decía: "Oye, ¿sabes qué? Pues hay un retén de soldados en la carretera de Puerto Escondido y me cambiaron al pinche teniente. No puedo pasar por ahí porque el nuevo vato no quiere jalar".

Y ¡pum!, me mandaban un teniente que sí jalara. Ya llegaba yo y arreglaba.

"No hay pedo, jefe, que pase lo que quiera", me decía.

No por eso le dejábamos de dar dinero al teniente. Nosotros en cada retén dejábamos 10 mil dólares cada vez que pasábamos, pero pasábamos cuatro veces a la semana. Ése era un pago adicional a lo que se le daba a Galván.

Normalmente cuando el general iba a ver a Arturo dejaba a sus escoltas en algún centro comercial y de ahí lo llevaban a la oficina. No tenía miedo. Eran amigos y nosotros éramos los más interesados en que estuviera bien y seguro.

Cuando ya se iba le subían la maletota de dinero al carro y de ahí lo llevaban de regreso al estacionamiento donde estaban sus escoltas esperándolo. Se transbordaba la maleta y se iban.

Cada vez que iba Galván había comida. Generalmente iba un sábado y yo tenía que romper mi descanso o periodo vacacional. No iba uniformado. Siempre lo vi vestido de civil, con pantalón de vestir, camisa elegante de manga larga, saco sport y buenos zapatos.

Ya luego de que comían se ponían a jugar ajedrez o baraja. ¡Era muy bueno para el ajedrez! Y a Arturo le gustaba mucho.

Una Navidad le regalé a mi compadre un ajedrez de oro y plata, con tablero de ónix blanco y negro. ¡Todo labrado! Cada pieza era de oro o plata macizos. Algo bien chingón. Yo le daba regalos así, muy exclusivos. Me lo había hecho un joyero especial para él, un güey que estaba ahí en el DF y que era amigo mío.

La caja del ajedrez era bien gorda y cada pieza venía envuelta en su franelita. ¡Era una joya! Cuando el general lo vio le gustó mucho y le dijo a Arturo que le regalara uno igual.

Y ya me dice mi compadre: “Oye, ¿sabes qué? Pues dame otro para regalárselo”.

Y le mandé a hacer otro para que se lo diera a Galván. Me costó en ese tiempo como 100 mil dólares.

Arturo, dondequiera que estaba, siempre llevaba consigo ese ajedrez. Estaba el comedor y tenía una mesa especial de juego al lado para ese tipo de gente, y ahí se sentaban.

¡No con cualquiera le gustaba jugar ajedrez! Por ejemplo, cuando no estaba Galván jugaba con la Burra o con el R, pues ni la Barbie ni yo sabíamos jugar.

A las fiestas de Arturo, Galván llevaba a veces a su propia acompañante y no sólo a las que le ponía mi compadre. Decían que el general todavía estaba casado, pero que ya se estaba divorciando de la señora. ¡Y traía un viejorrón de mujer!

“Pinche vato feo”, le decía yo a Arturo, porque parecía chango el vato.

Yo lo llegué a ver en una fiesta de desmadre que hizo Arturo en Cocoyoc con una muchacha que supuestamente era su novia, muy bonita. Ese día mi compadre estaba solo, no traía acompañante, y ahí estuvieron con música en vivo, tranquilos.



El ajedrez descrito por el Grande coincide con la historia narrada por Celeste V., compañera sentimental de Arturo Beltrán, que publiqué en mi libro *Las señoras del narco*. El jefe narco apreciaba mucho ese objeto, por encima de cualquier otra cosa, y cualquiera que lo dañara o perdiera arriesgaba la vida.

—¿Usted supo de otros generales relacionados con Arturo y con el cártel? —pregunté al Grande.

—Yo conocí a [Salvador] Cienfuegos cuando fue jefe de la Primera Zona Militar. Le correspondían la Ciudad de México, el Estado de México y Morelos.

—¿Dónde lo conoció?

—Ahí con Arturo. Él era amigo de Héctor Beltrán. Era gente de Galván Galván y también de Héctor; era él quien lo frecuentaba más. A generales como él Arturo les enviaba 50 mil dólares al mes: a Cienfuegos, al encargado de Acapulco, al de Morelos. No era que se duplicaran los pagos, es que Arturo tenía tanto dinero que con que le aceptaran el soborno él ya era feliz. Para Arturo pagar 5 millones de dólares al mes era como ir a comprar pan, ¿verdad? No le importaba gastar eso. ¡Ganaba muchísimo!

—¿En qué lugar, por ejemplo, vio a Cienfuegos?

—Yo lo llegué a ver con Arturo en una ocasión que Héctor lo mandó. Héctor y Arturo nunca coincidían en el mismo lugar, decían que los hermanos nunca debían estar juntos. La reunión con Cienfuegos fue en Cuernavaca. Arturo le regaló un Rolex de Navidad y le dio una feriecita extra. La verdad es que todo caminaba perfectamente. Cuando había algún operativo nos avisaban.



En Cancún llegaban nuestros aviones sin asientos, cargados con droga, y tú veías a un pinche soldado que se subía con el perro. Por supuesto que el perro no olía más que las croquetas. Subía y bajaba y todo bien. ¡Pues claro!, porque les habían dado 400 mil dólares, repartidos entre todos, para que nomás llegara, bajara el avión, le echaran gasolina, hiciera un vuelo nacional y se fuera para otro aeropuerto: Toluca, Vallarta, Acapulco o para donde quisiera.

¡Así es la corrupción en México! Y tú veías a los soldados y estabas afuera, viendo en la pista ese avión. Pues claro, con las cortinas bajas no ves nada. Bajaba el piloto normal, subía el militar, se hacía tonto unos minutos y bajaba como si el perro hubiera revisado.

Y no llevaba ni asientos el avión, iba lleno de puros bultos de droga. O sea, ni siquiera iba escondida, ¡iba lleno el avión!

Con los contenedores en los puertos es igual. Hay perros que no detectan nada. Ya saben cuáles son los contenedores que van cargados, pero se hacen tontos, firman que los revisaron y se van. Y así sacábamos el jale.

* * *

El testimonio del Grande a veces era tan perturbador que me levantaba a abrir la ventana para tomar una bocanada de aire, como si el oxígeno en la habitación quedara envenenado por su cruento relato sobre el *deep state* mexicano.

—¿Como cuántas veces vio usted a Cienfuegos?

—Como unas tres o cuatro veces. Cuando lo conocí ya era comandante de la Primera Zona Militar, pero sé que Arturo le mandaba su dinero cada mes. También lo vi con Héctor, eran amigos. Héctor era más refinado, era educado. Llevaba más la relación con los militares de alto rango. Con ellos platicaba de pintura y esas cosas; se ponían a hablar de un cuadro: “Mira, que un Picasso”, de esos pinches cuadros raros, ¿verdad?

El general Salvador Cienfuegos Zepeda nació el 14 de junio de 1948 en la Ciudad de México. Era un militar muy cercano a Guillermo Galván. Tanto, que cuando concluyó el sexenio de Calderón lo recomendó para ser su sustituto al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional, pese a su larga historia de complicidad con integrantes del Cártel de Sinaloa y asociados de la Federación.

Después de las revelaciones que me hizo el Grande, ahora se entiende que quizá fue justamente por eso que consideró a Cienfuegos como la persona más idónea para cubrirle las espaldas.

De 2004 a 2011 estuvo adscrito a estados de la República que eran clave para las operaciones del Cártel de Sinaloa y la Federación: comandante de la XV Zona Militar, en el estado de Jalisco (2004–2005); comandante de la V Región Militar, en Jalisco (2005); comandante de la IX Región Militar, en Guerrero (2005–2007); comandante de la I Región Militar, en la Ciudad de México

(2007-2009); y comandante de la VII Región Militar, en Chiapas (2010-2011).

Luego fue inspector y contralor del Ejército y Fuerza Aérea (2011-2012) y oficial mayor de la Sedena (2012).

En mis investigaciones sobre el Cártel de Sinaloa su nombre comenzó a surgir desde 2009. Señalé su vínculo con los Beltrán Leyva en 2012 en mi libro *México en llamas*, justo cuando sonaba como uno de los favoritos del presidente electo, el priista Enrique Peña Nieto, para reemplazar a Guillermo Galván Galván.

Afirmé entonces que cuando fue jefe de la IX Región Militar, cuya sede era Acapulco, Guerrero, junto con la AFI de García Luna cobijó al Cártel de Sinaloa y particularmente a los Beltrán Leyva, quienes eran amos y señores de la región. Era pública la inacción del Ejército contra esa organización criminal.

Y cuando fue jefe de la I Región Militar, cuya sede es la Ciudad de México, el Cártel de Sinaloa y sus socios, los Beltrán Leyva, hacían lo que querían.

Peña Nieto debía conocer esos antecedentes cuando lo nombró secretario de la Defensa Nacional por recomendación insistente del empresario Jaime Camil Garza, amigo de Cienfuegos y amigo del presidente.

Su negro historial trajo consecuencias terribles para la población civil. Cuando en septiembre de 2014 miembros del Ejército mexicano participaron en el ataque contra los normalistas de Ayotzinapa y la desaparición de 43 estudiantes, Cienfuegos mintió y protegió a los participantes.

De acuerdo con mi investigación, el ataque fue ordenado por un importante capo del cártel de los Beltrán Leyva, Martín Villagas Navarrete, alias *el Elegante*, quien quería recuperar un cargamento de droga que iba oculto en dos autobuses que, sin saberlo, los estudiantes habían secuestrado para utilizarlos en un viaje a una manifestación.

Denuncié esto desde 2016 con pruebas documentales y, de nueva cuenta, Cienfuegos quedó impune.

Ya en situación de retiro, el 15 de octubre de 2020 Cienfuegos llegó al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, California,

acompañado de su familia. Lo que era un viaje de placer terminó en un hecho sin precedente. Para su sorpresa fue arrestado por la DEA, acusado en la Corte de Distrito Este de Nueva York de narco-tráfico, corrupción y lavado de dinero.

Estaba en estado de shock, narraron las crónicas de aquel día.

—He trabajado con su CIA —protestó Cienfuegos—. ¡He sido honrado por su Departamento de Defensa!

—Entiendo, pero aun así ha sido acusado —dijo uno de los agentes de la DEA.¹

De acuerdo con el expediente judicial, los presuntos delitos los habría cometido entre 2015 y 2017, siendo titular de la Sedena. Las pruebas en su contra son cientos de mensajes y conversaciones telefónicas entre él y miembros de un grupo criminal con sede en Nayarit vinculado con los Beltrán Leyva llamado *los H*, por Héctor Beltrán Leyva, cuyo alias era *el H*. El líder era Juan Francisco Patrón Sánchez, alias *el H2*.²

Luego de celebrar su detención, el entonces presidente Andrés Manuel López Obrador, quien también había recibido dinero del mismo cártel, cambió radicalmente de postura y aseguró que la DEA había fabricado pruebas contra el general. Exigió al gobierno de Donald Trump que lo repatriara con la promesa de que sería investigado y procesado en México.

En la corte de Nueva York se retiraron los cargos, con la salvedad de que podrían reabrirse en cualquier momento. Cuando regresó a México ni siquiera pisó la cárcel y, en pocos días, sin una investigación real de por medio, fue exonerado por Alejandro Gertz Manero, el fiscal general de la República nombrado por AMLO.

Cienfuegos tenía ascendencia sobre Luis Cresencio Sandoval, titular de la Sedena en el gobierno de López Obrador. Él y Galván fueron oficialmente sus asesores durante el sexenio.

¹ Tim Golden, “El caso Cienfuegos: el conflicto que hundió la lucha contra las drogas de México y Estados Unidos”, *ProPublica*, 12 de diciembre de 2022.

² Información basada en el expediente 1:19-cr-00366-CBA-SJB-1, radicado en la Corte del Distrito Este de Nueva York, del cual la autora posee copia.

Para colmo del cinismo, el presidente lo condecoró. Además, fue invitado a eventos públicos emblemáticos de la llamada Cuarta Transformación, como la inauguración del Aeropuerto Felipe Ángeles. En 2025, ya bajo el gobierno de Claudia Sheinbaum, recibió un nuevo reconocimiento al ser convocado como invitado VIP al 112.º aniversario de la Marcha de la Lealtad.

—Cuando se enteró de que Cienfuegos había sido detenido, ¿qué pensó? —pregunté al Grande.

—Pues yo dije: “Qué bueno, porque ahí van a salir muchas cosas de los militares mexicanos”. Yo creo que el gobierno americano y el mexicano ya sabían de la corrupción del Ejército, y lo siguen sabiendo, y saben que sigue existiendo. Los datos que compartía la DEA con el Ejército nosotros los sabíamos. Por supuesto, todo se cebaba porque nos avisaban. Igual que cuando se los daban a García Luna. Pues sí, iban a encontrar la casa, pero no encontraban nada. Pues ni modo que te llevaras la casa, ¿verdad? Y sí, era una oficina, encontraban cosas, pero no estaban las personas. Y así mismo pasaba con el Ejército.

* * *

¡Todos esos mandos militares eran corruptos! El único que conocí que era derecho, a su manera, fue Eddy [Rolando Eugenio Hidalgo Eddy]. Lo conocí con Amado [Carrillo Fuentes] cuando yo era federal y estaba adscrito a Coahuila, y él en ese tiempo era encargado del batallón de La Joya, ahí en Torreón.

Este general jalaba con la gente de Amado y era corrupto, pero con él. Cuando pasaron los años y yo llegué con Alfredo [Beltrán Leyva] ahí a Culiacán para hacerle su círculo de seguridad, casualmente estaba Eddy como general de la plaza.

—¿No pues qué onda, güey? ¿Aquí qué tienen? —le pregunté al Mochomo sobre las autoridades que trabajaban para la organización.

—No, pues tenemos al estado, tenemos la federal, la municipal, todo; pero no tenemos la del Ejército. El pinche general no quiere jalar con nosotros —me dijo.

—¿Quién es?

—Hidalgo Eddy.

—¡Pues yo lo conozco, güey! Y jala el vato —le dije.

Busqué la manera de acercarme con él, pues me conocía de la Judicial Federal. Nos vimos en una casa de seguridad ahí en Cuiliacán. Una persona que es ganadera, que está ajena a todos esos negocios, fue quien me consiguió la cita.

Total, pues platicamos, recordamos viejos tiempos, de cuando él era coronel y nos la llevábamos muy bien, porque cuando era coronel convivíamos en carnes asadas con la gente de Amado. Él jalaba con Amado.

Yo me acuerdo de que una vez llegué a una quema de droga y yo traía una Dodge nuevecita, con códigos y estrobos, nuevecita. La vio Eddy y me dijo:

—Oiga, qué bonita camioneta. ¿De quién es? ¿Es suya?

—Se la regalo —le dije.

—¿Pero de veras?

—Sí, es suya.

Él jalaba y era hombre de palabra. Entonces, cuando le dije que el Chapo, el Mayo y el Mochomo habían puesto cada quien 1 millón de dólares para hacerle un ofrecimiento de 3 millones al general para que se la llevara tranquila con ellos, ¡le cambió la cara!

—¡Mira, güey! No te chingo porque eres mi amigo, pero diles a esos pinches vatos que yo con ellos no jalo y que le hagan como quieran. ¡Yo no voy a arreglar con ellos!

—No, pues está bueno —le dije.

* * *

—¿Había alguna razón personal o ahora se hacía el muy digno?
—pregunté al Grande.

—¡No! ¡Porque él jalaba con Vicente! Acuérdate que a Vicente ya le habían matado a Rodolfo.

Fue en 2016 que el exagente de la DEA Larry Villalobos me contó la historia de esa ejecución.

El Chapo y Vicente Carrillo Fuentes, *el Viceroy*, sucesor de Amado Carrillo Fuentes en el Cártel de Juárez, comenzaron a tener

problemas a causa de Rodolfo Carrillo Fuentes, mejor conocido como *el Niño de Oro*, quien decía que Guzmán Loera, el Mayo y los Arellano Félix pertenecían a una generación de narcotraficantes que había caducado y debían dejar que las nuevas generaciones ocuparan sus lugares.

Una noche, el Chapo mandó mariachis a una de sus mujeres. Rodolfo se enteró y envió a su gente a burlarse de ellos y a quitarles los instrumentos musicales. Después de eso, Guzmán Loera se comunicó con Vicente Carrillo Fuentes.

—Elimina a Rodolfo, tu hermano —le dijo.

—No, voy a hablar con él —respondió Vicente.

Pero Rodolfo, *el Niño de Oro*, no dejó de hablar mal de Guzmán Loera.

—Te estoy pidiendo permiso para matarlo, y si no me das permiso, lo voy a matar de todos modos —dijo Guzmán Loera en su siguiente llamada.

—No —respondió el Viceroy.

El 11 de septiembre de 2004, Rodolfo y su esposa Giovanna fueron asesinados por sicarios cuando salían de un cine con sus dos hijos pequeños en Culiacán.

En mi encuentro con el Grande señaló que quien los asesinó fue un militar de apellido Aponte. Había estado en la AFI y estaba al servicio del Chapo y del Mayo. A partir de ahí ganó puntos y se convirtió en su jefe de escoltas.

Después de la recaptura de Guzmán Loera, ocurrida en 2014 en Mazatlán, el Mayo Zambada mandó matar a Aponte porque según él había traicionado a su jefe.

La razón por la que Hidalgo Eddy había rechazado los 3 millones de dólares no era porque fuera honesto, sino porque no quería traicionar a Vicente Carrillo Fuentes.

* * *

En realidad, era bien bandido el vato [Hidalgo Eddy]. Tenía ranchones allá por Querétaro, un chingo de feria, pero no quiso traicionar a Vicente y pues eso se respeta.

Al Mochomo, al Chapo y al Mayo no les gustó la respuesta que les dio. Entonces estos vatos, enojados, matan unos perros y se los avientan afuera del cuartel. El general arreció más los operativos contra ellos.

Pero la verdad es que no les pegaba porque tenían un chingo de gente y todas las policías estaban con ellos: ministeriales, federales y municipales.

Ya estaba Galván Galván al mando de la Sedena. Me fui a México y le comenté a mi compadre lo que pasó: “Yo creo que este vato nos va a remangar en una descuidada”.

Para eso el general [Hidalgo Eddy], cuando iba al mall, llegaba como con 50 soldados que lo cuidaban. No se intimidaba. Iba a un restaurante y ¡un chingo de soldados lo cuidaban! No sacrificaba su vida civil, o sea ir a comer o salir, por miedo. Era bravo.

Total que Arturo habló con Galván Galván e hicieron que se jubilara el general. Lo retiraron y se fue a su casa. Lo obligaron a jubilarse y pusieron a otro que sí jaló con el cártel.

Ese poder tenía Arturo para poder quitar generales. ¡Generales! No cualquier persona lo hacía.

* * *

Efectivamente, de acuerdo con la información oficial de la Secretaría de la Función Pública, Hidalgo Eddy fue comandante de la IX Zona Militar con sede en Culiacán por un periodo muy breve, de junio a noviembre de 2007.

Ya en situación de retiro, Hidalgo Eddy fue invitado a ocupar la titularidad de distintas secretarías de seguridad pública: la estatal en Aguascalientes y las municipales en la ciudad de Querétaro y San Miguel de Allende, Guanajuato. En algunos cargos dejó una estela de controversias.

Murió en marzo de 2022 de un paro cardíaco.

* * *

—¿Entre la Policía Federal y el Ejército, quiénes eran más corruptos? —pregunté al Grande.

—Yo creo que la Policía Federal era más corrupta que el Ejército, porque el Ejército es más difícil de corromper en algunos niveles. No cualquier persona corrompe a un general. Tiene que ser gente muy importante para llegar a esos niveles. Pero en una corrupción de menor rango, pues un teniente o un capitán a lo mejor sí son fáciles de corromper.

—Cuando comienza la supuesta guerra de Calderón contra los cárteles y saca al Ejército a las calles a hacer patrullajes, ¿cómo cambian estas relaciones de corrupción?

—Yo creo que la decisión de haber sacado al Ejército a las calles nomás les abrió los ojos a la corrupción. ¡Porque ya lo habían visto cuando metieron gente del Ejército a la Judicial Federal! Cuando estaba el general Álvarez Nahara, los GAFES terminaron convirtiéndose al narcotráfico.

”¿Qué es lo que pasa? Tú eres un soldado, un cabo. Estás acostumbrado a que tus mandos te tengan parado 10 horas al día empuñando tu rifle, asoleándote, comiendo Maruchan, papitas y tomando refresco, si bien te va, además de malos tratos y humillaciones, con mandos que te tratan como perro.

”Llegas a una plaza y, como pasó con los GAFES, Osiel les abre los ojos. Empiezan a ver que las migajitas que ganaban en el Ejército no eran nada comparadas con los millones que podían ganar en el narco.

”Ya habían visto ese error. ¿Cómo se te ocurre sacarlos a la calle?!

”En un cateo llegas y a lo mejor hay joyas, dinero, cosas que no deben robarse; se tienen que poner a disposición del Ministerio Público para no crearles la ambición de que van a ir a hacer un cateo, se van a robar todo lo que encuentren y luego se lo van a repartir como botín de guerra.

”Eso es parte de la corrupción. Llegas un momento en que el soldado se vuelve corrupto, se vuelve ratero y, al momento de andar en la calle, anda viendo a quién chingar para beneficiarse económicamente.

Fue interesante escuchar al Grande sobre el tema de la corrupción porque, como ya lo había dicho, él mismo fue gobierno corrupto.

—El problema es que a los militares ya les abrieron los ojos al mundo de la corrupción —continuó su explicación—. Aunque los regreses a los cuarteles y los saques esporádicamente, van a seguir siendo corruptos o te van a renunciar y se van a alinear a las filas del narcotráfico y de los grupos de la delincuencia organizada.

”Agarran 20 mil pesos para ellos y se van con prostitutas y a tomar cerveza, y llega un momento en que con su sueldo ya no les alcanza para hacer eso, entonces van a querer ese estilo de vida.

”La corrupción se expande con Calderón a todos los niveles, a todos los niveles dentro del Ejército. En ese tiempo la Marina se mantenía limpia, por eso era exitosa en sus operativos al final del gobierno de Calderón. Después se corrompió.

—Basado en esta experiencia de vida, habiendo sido corrompido y corruptor, ¿qué opinión tiene de la decisión del gobierno de López Obrador de ampliar las facultades y el poder del Ejército, asignándole obras públicas, el control de aeropuertos y aduanas, e incluso incorporando la Guardia Nacional a la estructura militar? López Obrador justificó esas medidas bajo el argumento de que el Ejército era una institución más honesta...

—No, ¡es un error! Nomás los hizo más corruptos. Yo creo que si tú eres policía y quieres ser honesto, renuncia en México, porque policías honestos hay pocos. Yo creo que sí existían militares honestos y leales a la patria, con sus principios y sus valores, pero ahora que les abrieron los ojos al mundo de la corrupción, pocos son los que conservan esos conceptos.

* * *

García Luna y Galván no se llevaban, como que uno no estaba de acuerdo con el otro. Había rivalidad entre ellos, pero eso no importaba para Arturo mientras los dos recibieran feria y le sirvieran.

Ya con García Luna y Galván, el poder de Arturo creció más y más cada vez, y se convirtió en algo incontrolable para los demás capos del Cártel de Sinaloa.

Había hecho subir el precio de la cocaína en un cien por ciento y sus ganancias eran mayores. Los demás integrantes, que traficaban

principalmente efedrina, quisieron ampliar su negocio de cocaína, pero les fue imposible. Arturo era el dueño de ese negocio y sólo había migajas para los otros, pues los socios colombianos sólo querían tratar con él y no con los demás.

Para el Mayo y para el Chapo sólo quedaban cargamentos de menor volumen y por rutas secundarias. El Pacífico era dominado por Arturo, por eso le decían *el Señor de los Mares*.

Arturo Beltrán dominaba la venta de cocaína en la Ciudad de México, Monterrey, Guadalajara y Culiacán. Desde ahí se distribuía al resto del país, a Estados Unidos y también a Europa.

Más de 40 toneladas pasaban por sus manos cada mes, dejando ganancias superiores a los 400 millones de dólares mensuales. Parte se iba en sobornos y pagos a su gente, y otra parte era reinvertida en el negocio del narcotráfico, así como en bienes raíces.

Había mucho dinero en todas las plazas que Arturo controlaba, por lo que la gente lo quería y lo apoyaba.

En Culiacán, su hermano menor Alfredo Beltrán, *el Mochomo*, era su representante. Tenía dos brazos armados: uno en la ciudad de Culiacán y la sierra, comandado por el Guacho; y otro en Guasave, Los Mochis y Sonora, cuyo mando era el Chapo Isidro.

Alfredo tenía en Sonora un compadre muy poderoso. A su grupo le apodaban *los Números*. Eran la competencia del Chapo y del Mayo en esos territorios, pero apoyados por pistoleros del Mochomo.

Ellos movían marihuana, cocaína, heroína y metanfetaminas, teniendo su base de operaciones en Caborca, Sonora, y oficinas en todas las fronteras del estado. Tenían sus propios túneles y gente de trabajo bajo su mando.

Pero, como siempre, empezaron los enredos entre el Mayo, el Chapo y los Números, y presionaron a Arturo para que hubiera una reunión entre ellos.

Arturo Beltrán me mandó a acompañar a su hermano a la junta que se había convocado en una casa de seguridad a las afueras de Culiacán. El motivo era arreglar las diferencias entre los Números y el Mayo.